

BERGMAN: "LA FLAUTA MÁGICA"

el autor de "Pasión" sabe recrearla para un medio distinto como es el cinematográfico, permitiéndose además el lujo de simular una mera transcripción en la que él poco habría intervenido.

Porque, en efecto, las apariencias no pueden ser más teatrales: el film comienza con el exterior del dieciochesco castillo de Drottningholm, en cuyo teatro —reconstruido en estudio— veremos la representación, sobre un escenario con decorados de papel e iluminado por candilejas y bambalinas, dividida la ópera en sus originales escenas y actos, ante un público que la contempla y con unos cantantes que la interpretan cara a él... Todo transcurre en ese marco (al menos aparentemente), mediante la ayuda de una escenografía que no busca ocultar sus orígenes, sino que los acentúa continuamente, en apoyo del deseo latente en Bergman de que el espectador no olvide que se halla ante una ópera cuyo clasicismo no quiere transgredir. Sin embargo, lo que vemos no es "teatro fotografiado" ni la simple reproducción mecánica de una puesta en escena preexistente, por más que todos los indicios hicieran pensar en ello.

¿Cuál es el misterio? No lo hay. Simplemente, la inteligencia de un cineasta que conoce a fondo su medio de expresión y sabe cómo utilizarlo. Así compone la imagen a base de planos medios y primeros planos (como el original destino televisivo de "La flauta mágica" requería), corporiza al máximo la interpretación "mezzo voce" de los cantantes, les concede una amplia libertad de espacio fílmico, da forma a la obertura mediante primeros planos del público —entre los que selecciona el rostro de una adolescente cuyas reacciones seguimos de tiempo en tiempo—, muestra cómo los actores utilizan sus cinco minutos de descanso, escribe en carteles aquellos pasajes que ensalzan el amor o la fraternidad... logrando con todo ello solucionar ese falso misterio oculto bajo la apariencia: que "La flauta mágica" sea a la vez excelente cine y continuo homenaje a su origen teatral y musical. No, no es el "mito Bergman" que nos nubla. Es esa inteligencia de un cineasta puesta en marcha lo que realmente nos sorprende. ■ FERNANDO LARA



Wolfgang Amadeus Mozart.

TESTAMENTO MUSICAL, ORATORIO MASONICO

1791. En Francia ya ha caído el **ancien régime**: una nueva época acaba de nacer. En Viena, Mozart llega al que sería último año de su vida en precario estado de salud y situación económica aún peor. Para sacar adelante las cuantiosas deudas acepta los encargos más pintorescos, en los que malgasta uno de sus grandes períodos de actividad creadora, la cual se ha manifestado en todo su esplendor en cuanto la oportunidad lo ha permitido: el año anterior, 1790, ha visto el estreno de "Così fan tutte" y el nacimiento de los dos últimos cuartetos prusianos; 1791 será el año de "La clemencia di Tito", del concierto para clarinete y del K. 595 para piano; el año del comienzo del Réquiem, que quedará inconcluso. Y, sobre todo, el año de la "Die Zauberflöte", "La flauta mágica".

Diversas razones impulsan a Mozart a colaborar con un singular personaje llamado Emmanuel Schikaneder: evidentemente, la necesidad de trabajo, pero también una amistad que data de una década atrás y una circunstancia muy significativa: Mozart y Schikaneder pertenecen a la misma logia masónica de Viena. Tampoco se puede olvidar el deseo de Mozart de componer una ópera alemana.

Por entonces, Schikaneder regentaba un teatro en las afueras de Viena. En él se dedicaba a su género favorito, la ópera fantástica o "mágica": un es-

pectáculo de no mucha altura artística, basado en los efectos escénicos y la comicidad de los diálogos, que este curioso empresario-actor utilizaba como base para su mayor placer, la improvisación de chistes en el escenario. Schikaneder ha encontrado un buen punto de partida para sus creaciones en un cuento de Liebeskind, "Lulú o la flauta mágica" —sobre el cual ya ha basado una ópera—, y con su argumento presenta a Mozart un proyecto. El compositor se siente atraído por los personajes, pese a que la historia que le propone su compañero de logia resulta un tanto confusa: han surgido otras fuentes, y la acción se ha trasladado a Egipto. Aún hará Schikaneder bastantes rectificaciones sobre la marcha. No obstante, el trabajo se inicia con seriedad, y Mozart sólo lo interrumpe para iniciar el Réquiem, que le inspira una morbosa aprensión, y para atender al encargo de "La clemencia di Tito", que fracasa en su primera representación en Praga el 6 de septiembre.

Sobre un texto nada bien hilvanado, "La flauta mágica", que se estrena a finales de septiembre, dos días después de terminarse y con sólo un día de ensayo, resulta ser la ópera cumbre de Mozart, es decir, la ópera cumbre de uno de los máximos creadores de teatro musical de todos los tiempos, si no el mayor. "La flauta mágica", más que el Réquiem, es el testamento musical del compositor de Salzburgo. En ella se propagan las ideas de verdad, belleza y amor a la humanidad que habían atraído a Mozart al seno de la masonería, un credo omnipresente en el panorama cultural de la época y que, por lo demás, muchos no encontraban difícil de compaginar con el catolicismo —Mozart y Haydn entre ellos—. Porque "La flauta mágica", por encima de su aspecto brillante y fantástico de cuento de hadas no es otra cosa que un verdadero oratorio masónico. Desde el inicio —los tres acordes— se ve recorrida por símbolos que sería demasiado largo detallar; hay una interpretación que identifica los personajes con los principales políticos de la época, y aun los iniciados de hoy reconocen con cierta facilidad los distintos ritos aludidos en el desarrollo de la trama. Sólo a través de este carácter masónico y, claro está, de la maravillosa partitura, en la que Mozart resume todos los modos de la música alemana, desde los más populares a los más complejos y elaborados, consigue cobrar sentido el deshilvanado libreto de Schikaneder y se llega a explicar que el mismísimo Goethe tratara, años después, de ponerle continuación.

Cuando Mozart dirige el estreno de "La flauta mágica", le queda poco más de dos meses de vida. El éxito que obtiene su última ópera, su testamento, no sirve para paliar la miseria en que acabará su existencia. El 5 de diciembre de 1791, Mozart fallece. Deja sus portentosas facultades musicales plasmadas en una obra copiosa e increíble. Lo más íntimo de su ser, en una ópera: una ópera "mágica".

■ JOSE RAMON RUBIO.